

Preámbulo equívoco

Jonathan Silverman

Ph. D. en Nuevas Estéticas

Agradezco a mi amigo Abraham Rumsfeld, prologuista de los anteriores volúmenes de *Cuentos felinos*, editados en buena hora por la Universidad del Magdalena (Santa Marta, Colombia), el haberme contagiado con el ritmo felino de los narradores del Caribe colombiano. Esta vez, Rumsfeld quiso que fuese yo quien, con el permiso cómplice de los autores aquí incluidos, proponga unas líneas interpretativas dentro de los contextos socioculturales en que se producen estos relatos que corresponden a una escritura posgarciamarquiana. Es una tarea que realizo con alegría, quizás con la emoción que me produce constatar el contacto cultural y ambiental entre el sur de los Estados Unidos y la tierra del Caribe, pero al mismo tiempo con algo de temor, pues no sé si logre percibir las vetas más profundas de esta vigorosa narrativa.

Encuentro, en este volumen, dos cuentos en los que prima la imagen de la distopía. Ronda quizás en ellos un eco de *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago, pero

quizás también el espíritu contagioso de una narrativa posviral. Normal que así sea. Las pandemias o pestes llevan a la reflexión sobre las acciones y omisiones temerarias y dañinas generadoras de que la naturaleza (humana, animal, vegetal) llegue al extremo de la purga colectiva, quizás para darnos una lección crítica y alertarnos sobre las amenazas que el ser humano va creando contra sí mismo. En esa línea de los espacios o mundos distópicos estarían los relatos «Amenaza al rojo vivo», de Martiniano Acosta Acosta, y «Los durmientes», de Paul Brito. En el relato de Acosta, un tumulto de cucarachas invade la ciudad, tal vez el mundo. Aunque el malestar es colectivo, los hechos de la pestífera irrupción son percibidos desde el drama de la individualidad de un vecino de barrio que no puede contrarrestar el feroz ataque de los bichos. Por supuesto, la ola de cucarachas constituye una metáfora de lo oscuro, oculto y ominoso que el ser humano siempre lleva consigo. Y los tiempos extremos que vivimos son propicios para que esa escondida malsanidad aflore y se lance a la agresión.

En «Los durmientes», Brito presenta la distopía de un espacio en que las cosas y los seres se han quedado quietos, salvo algunos que aún tienen movimiento, como el narrador, quien se desempeña de taxista. El mundo se ha detenido para los que al momento del colapso espaciotemporal estaban en reposo. La Tierra, inmovilizada en su rotación y traslación, vive su noche por una cara y su día por la otra. La quietud se parece a la inexistencia y el mundo es una especie de museo

natural. Solo los niños parecen encontrar un acomodo en la realidad, con la persistencia del juego, porque de los adultos no se espera nada: unos, inmovilizados, y los otros, aunque pueden moverse, ejecutan acciones insustanciales, baladíes. Brito parece decirnos que el mundo actual padece de inmovilidad, del síndrome de la estatua, de mirar las tragedias que se dan a nuestro alrededor y quedarnos convertidos en figuras de sal como la mujer de Lot, sin poder ni querer hacer nada. Se trata acaso de una crítica al estatismo, a la inmovilidad, a la aceptación perversa de las cosas, a no intervenir en lo que debe ser intervenido, como está ocurriendo, por ejemplo, con el calentamiento global, cuando, a sabiendas del riesgo de hacer colapsar la tierra, nos quedamos quietos ante la contaminación acelerada por la ambiciosa producción capitalista.

Una segunda línea temática en este volumen es la que proponen los cuentos «El comealmas», de Carmen Victoria Muñoz Morales, y «Jirrijirrü», de Vicenta María Siosi Pino, con el asunto del niño agredido. «El comealmas» podría tomarse como una historia cercana a la tradición de los cuentos para niños, si no se nos revelara que el miedo, más que a la agresión física o material, es a la pérdida del alma. En lo fundamental, en ese territorio inhabitado por donde caminan desamparadas, la niña (Beatriz) y la madre (Isabel) no temen ser agredidas por los animales (tigre, cascabel, águila) o por un monstruo hambriento de carne y huesos. Temen, sí, la aparición de un monstruo comealmas. En un primer momento, pensamos en los monstruos que

habitan los sueños de los niños, seguramente forjados por el terror de los cuentos infantiles de Perrault, Andersen y los hermanos Grimm. Esos monstruos eran ogros y brujas como en «Pulgarcito» o «Hansel y Gretel», caníbales, interesados solo en la carne humana y en los bienes materiales. Por el contrario, en el cuento de Muñoz Morales, en una vuelta de tuerca seguramente propiciada por los tiempos posmodernos, los monstruos están interesados en comerse las almas, en este caso, los espíritus de la niña y la madre. Podríamos interpretar, desde una mirada sociocrítica, que devorar la identidad del individuo es realmente el propósito del monstruoso hacer capitalista, transformarnos en objetos fríos, en estatuas paralizadas por el consumismo. Y para ello, el monstruo necesita de nuestro miedo. Como dice el relato: «Tal vez percibe nuestro temblor a kilómetros».

En el relato «Jirrijirrü», de Siosi Pino, autora proveniente de las etnias wayuu, encontramos que, como en el cuento de Muñoz Morales, se produce una agresión contra una niña. Del mismo modo, hay una temática cercana a la que Siosi Pino desarrolla en su famoso cuento «Esa horrible costumbre de alejarme de ti»: la niña agredida en su identidad cultural por la sociedad del espacio urbano. Recordemos que, en ese cuento, una niña wayuu es sacada de su aldea nativa y llevada a trabajar a una casa de familia de la ciudad, donde su cultura y costumbres nativas son cambiadas por los modos de la cultura blanca, de tal modo que al final la niña, ya convertida en adulta, termina siendo un ser

desnaturalizado, es decir, sin identidad, pues la «educación» impuesta la lleva a avergonzarse de sus orígenes, mientras es rechazada por los blancos, quienes siguen percibiéndola como una salvaje. En el cuento «Jirrijirü», la agresión empieza cuando el nombre indígena de la niña, Jirrijirü Sijona, es cambiado por el de Rutila Ramírez, pues según el cura que la bautiza: «Qué Epieyú, ni qué Uriana, ni qué Sapuana, eso no es apellido, eso no es nada, hay que darles una verdadera identidad a los salvajes». Y luego: «Tendrán apellidos de gente». Así, la niña Jirrijirü es arrancada de su etnia wayuu en la Alta Guajira y traída a un orfanato regentado por monjas capuchinas en la ciudad, seguramente Riohacha, capital del departamento. Después de la violencia contra el nombre, llega la violencia física: bofetadas y trompadas de la monja maestra y la prohibición de hablar en wayuu, su «lengua infernal». Del mismo modo están los insultos, que la niña no entiende porque no conoce el español. El final nos deja ver un cuerpo convertido en temblor por el miedo: «Parecía un cervatillo huérfano buscando a su madre, sin saber cómo salir del bosque espinoso». Así, es como si para la niña wayuu, la civilización blanca fuera el monstruo comealmas del relato de Muñoz Morales.

La temática de la traición, el amor y el engaño se insinúa en los cuentos «Pañuelos al borde de la ventana», de José Luis Garcés González, y «El problema del perro», de Boris Oyola. Garcés González cuenta unos hechos de amor, infidelidad, celos y violencia. Como dice el propio narrador, esta «podía ser una his-

toria escrita por Giovanni Bocaccio». Es la historia de Aura del Mar, una mujer ninfómana que traiciona a su marido tolerante con otros amantes y termina dejando al esposo y yéndose a otra ciudad con el llamado Cowboy. Este, a su vez, la descubre en una relación con otro y entonces, encendido por los celos, mata al tipo a balazos. Luego amarra a la mujer a un árbol y la incinera, se enfrenta con la policía y termina suicidándose. Seguramente como suma de su ya largo saber narrativo, Garcés González manifiesta en este relato un poder de síntesis y una destreza para ir al grano, a la propia médula de la historia, sin rellenos ni superficialidades. Otro aspecto relevante es el tránsito que hace la historia de la picardía de la mujer para ocultar sus citas a la violencia y la muerte, de tal modo que lo que parecía simple juego amoroso de infidelidad consentida termina en violencia de género ejercida por el llamado Cowboy.

Por su parte, el texto de Oyola, «El problema del perro», es un cuento lleno de gracia en el que el interés nunca se pierde. El narrador es un hombre mayor que ha sido llamado por su amigo Hansel, jubilado que ha caído enfermo, para que saque a pasear a su perro Moro. Cuando ya está afuera con el perro, el amigo se encuentra con una «linda señora en trusa negra» que a su vez lleva una perrita pincher de motilado a la moda. La mujer le dice que es amiga de Hansel y su mascota Lucky es amiga de Moro. En ese momento, el hombre, atraído por la mujer, concluye que a la rutina de pasear perros es inherente el hecho de establecer interesantes relaciones con los otros humanos y que él ha juzgado

esa práctica muy a la ligera, por lo que piensa incluso en conseguir él mismo una mascota para llevarla de paseo. En fin, el amigo concluye, después de devolver el perro a Hansel, que este se ha enamorado de la mujer por cierto matiz de celos que cree ver en él cuando le dice que se ha encontrado con la dama. El jubilado le revela que la mujer lo ha estado asesorando para pasar sus ahorros a un banco que cobre menos intereses por el manejo de la cuenta. El hombre pronto se mejora y sale con Moro a encontrarse con la señora y su perrita Lucky. Un día llama desesperado a su amigo para decirle que alguien le ha vaciado la cuenta bancaria donde deposita los dineros de su jubilación. A todas estas, la mujer de la perrita no vuelve a aparecer, con lo que se cumple el tema del amor, los celos y la traición, solo que, a diferencia del relato de Garcés González, en este cuento de Oyola no hay brutalidad y violencia sino un risueño final de cómo el amor puede cegar.

Una cuarta línea temática viene dada por «Una casa en la memoria», de Adolfo Ariza Navarro, los dos textos cortos «*Call Center*» y «Este cuento», de Annabell Manjarrés Freyle, y «De vuelta a casa», de Clinton Ramírez C. En estos cuentos, a pesar de sus evidentes diferencias tópicas, percibo una indagación en las trampas de la memoria y la mente de los personajes, enfrentados a las vicisitudes y derrotas que el paso del tiempo deja en sus vidas. Ariza Navarro rastrea los estragos de la memoria en una mujer de noventa años, pero al mismo tiempo en su aferramiento a la realidad, a las experiencias vividas. Tratando de acomodar la realidad

frente a los síntomas de locura senil que asoman en la mente de la mujer, su prole urde una trama sobre la existencia de una casa en su pueblo de origen, pero las cosas prácticamente terminan invertidas, con los hijos enredados en su ficción y la mujer asida a los lamparazos de lucidez que le llegan en medio de la amenazante oscuridad del Alzheimer.

Por su lado, Annabell Manjarrés Freyle, en «*Call Center*» y «Este cuento», propone dos situaciones conflictivas. En el primer texto se trata de la supuesta ayuda psicológica que se vende a través de los *Call Centers*. Encontramos allí los clichés lingüísticos de este tipo de prácticas ofertadas por el comercio rapaz que convierte las neurosis y psicopatías en rentables negocios: estado depresivo, empoderamiento, dueño de su destino, protocolos, futuro feliz, visualizar metas, proyectar una imagen de éxito... En fin, estamos frente a la consejería que no resuelve nada y que, por el contrario, aumenta la angustia del enfermo por el alto costo del servicio ofrecido. Julio Cassiani, traicionado por otro empleado en su deseo de ascenso laboral, cae en la depresión y descuida sus tareas, razón por la cual es despedido de la empresa donde trabaja, así que busca asistencia psicológica en un *Call Center*. Se ha perdido el contacto directo entre paciente y consejero y todo queda al azar de la virtualidad, con las manidas fórmulas de la autoayuda. Luego acude a un segundo *Call Center*, esta vez buscando la salvación en las baratijas prometedoras del tarot y la clarividencia. Al final, en un tercer *Call Center*, se insinúa que Julio Cassiani está tramitando

la consecución de un revólver, no se sabe si para suicidarse o ejecutar, como se ha visto en Estados Unidos, una masacre o la muerte de alguien en particular. En el segundo texto de Manjarrés Freyle, «Este cuento», el personaje, quizás una mujer, tiene unas pesadillas en que consecutivamente es invadida o atacada por cucarachas, saltamontes, lombrices y un ciempiés. Las dos historias, en apariencia desconectadas, por darse la primera en un hombre y la segunda en una mujer, podrían relacionarse cuando concluimos que las pesadillas con los bichos e insectos valen perfectamente como la consecuencia de los estados de ansiedad y neurosis producidos en una persona por la tragedia individual de haber perdido el empleo en una sociedad de zancadillas y traiciones.

En «De vuelta a casa», Clinton Ramírez C. desarrolla el asunto de la deuda cuyo cobro regresa cuando se creía que ya estaba pagada. El propio relato maneja esta metáfora de la deuda insaldada: «La vida caminaba a ratos de prisa, en cualquier sentido, pero sus facturas de cobro aparecían una detrás de otra con una puntualidad perversa». Nos topamos aquí con la historia de un hombre, nativo de Barranquilla, que es detenido en Nueva York y condenado a diez años de prisión por portar documentos falsos. Diez años después, cumplida la pena y luego de trabajar algún tiempo en la conducción de furgones y limusinas, decide regresar a su ciudad caribe, en donde, de joven, hizo teatro. Así, al llegar al aeropuerto, es detenido por la policía, pues se le había condenado «en ausencia por usurpación de

identidad, fraude, concierto para delinquir, entre otros cargos». Trampas de la memoria con sus cómodos olvidos o bofetadas de la vida misma, las facturas de cobro de nuestros errores o pésimas decisiones siempre llegan, parece decirnos Ramírez C. en este cuento que funciona como un mecanismo de relojería al que no le sobra una pieza.

En una quinta línea temática orientada por la búsqueda de la identidad, están los relatos «La policía de las costumbres», de Julio Olaciregui, y «Marie», de Adriana Rosas. En su texto, Olaciregui, veterano narrador y periodista, nos acerca a las fuentes triétnicas (india, negra, blanca) de los pueblos del Caribe. Hay una pesquisa por saber los orígenes, las distintas presiones y violencias a que estuvieron sometidas la sangre india y la sangre negra por cuenta de los colonizadores, quienes actuaban como una policía, ya fuera en su tipicidad castrense o como autoridades eclesiásticas. Los negros y negras africanos eran amenazados con azotes y con el corte peneal si tenían relaciones con indios o indias. Hoy sabemos que los colonizadores intentaban justificar tal prohibición en la falsa consideración de que con esa liga de sangres se degradaba la especie humana. Así, el negro Simbad Kongo desobedece la norma racista de la cópula sexual, pues no puede evitar la atracción sensual que sobre él ejercen las hermosas indias, de modo que termina emasculado por los blancos, haciendo alboroto en los montes, quizás en un primer grito de insurrección libertaria.